

LA CRUELDAD DEL DESTINO

Estación del Norte, Madrid, 1952

Catherine entró en la estación con paso firme y decidido, llegaba tarde, una bocanada de olor a humo, sudor y comida, la hizo llevarse la mano a la boca tratando de ahogar la arcada que le sobrevino, buscó en su bolso un frasco de esencia con que mitigar el hedor. Miró el gran reloj que colgaba majestuoso de la impresionante estructura metálica que servía de cubierta a los andenes, faltaban diez minutos para las doce en punto, tenía el tiempo justo para llegar.

Obviando las miradas lascivas de algunos hombres llegó a la ventanilla y sacó el pasaje para Santander, el taquillero le indicó que su tren estaba cuatro andenes más allá de donde se encontraba.

Corrió entre la gente tratando de abrirse paso, los tacones y la estrechez de su falda tampoco ayudaban. Esquivó a los numerosos mendigos que se distribuían de forma estratégica a pesar de las persecuciones a que eran sometidos por la policía, se golpeó con una maleta en la espinilla, maldijo en voz alta mientras se tocaba la pierna y comprobaba que se había hecho una carrera en aquellas medias tan caras y difíciles de conseguir. Rebasó una de las locomotoras de carbón, cuyo vapor le resultó irritante, y respiró aliviada había llegado a tiempo, no podía perder aquel tren, lo que tenía que acometer estaba allí, ella siempre cumplía su misión por difícil y peligrosa que fuera.

El revisor la condujo hasta el vagón de primera en cuyas paredes se combinaba la madera con el metal y el lujo, nunca viajaba con la plebe, a ella le traía sin cuidado, solo le interesaban los de clase social alta, cuanto más alta mejor. El ferroviario le indicó su departamento esperando pacientemente la consabida propina, Catherine le ignoró cerrando la puerta en sus narices.

El jefe de estación, uniformado de azul con gorra carmesí, autorizó la salida del tren agitando la bandera y forzando el silbato colgado del cuello. El arranque no fue lo sutil que podía esperarse, el motor rugió intentando tirar de aquella masa de metal, las ruedas chirriaron y patinaron sobre los raíles al tiempo que la negra máquina emitía ingente cantidad de vapor cubriendo la zona con una ligera neblina.

A Catherine la cogió intentando colocar su bolsa en el portaequipajes y a punto estuvo de caer sobre el único pasajero. Dejó caer el abrigo y se sentó cruzando coquetamente sus largas piernas dejando ver más de lo necesario. El joven recorrió con la vista el cuerpo de aquella mujer, parecía desconcertado, de pronto se levantó y cogiendo su maleta de cuero desapareció sin despedirse. Catherine sonrió al comprobar los efectos que provocaba en los hombres y que utilizaba cuando quería conseguir algo.

Ahora que estaba tranquila recogió su bolso y sacó el sobre que le pidieron no abrir hasta que estuviera en el tren, había aceptado el encargo a ciegas, era la primera vez que lo hacía. Extrajo una fotografía y se quedó petrificada al reconocer a su víctima, Lord Edward Cooper, el hombre de confianza del rey Jorge V. Maldijo no haberse asegurado pero era tarde para arrepentirse, había cobrado y ella nunca faltaba a su palabra, su fama la precedía, lo que no entendía era que hacía el Lord en España y porque habían decidido ese lugar en vez del Reino Unido. El nerviosismo le produjo desazón y la necesidad de ir al lavabo, tenía que estar tranquila.

Cuando el revisor la envió al aseo de segunda, por una avería que no entendió, estuvo a punto de darse la vuelta pero la necesidad la hizo obviarlo. Extrajo un fino pañuelo de lino colocándolo sobre el sucio lavabo para evitar la repugnancia que le daban los baños públicos. Sacó su bolsa de aseo y esparció perfume para contrarrestar los olores de la placa turca a través de la cual se veían pasar veloces las traviesas de madera. Retocó su maquillaje y cuando estuvo conformé con lo que veía sonrió satisfecha, se recompuso la ropa y salió decidida a cumplir su misión.

Antes de abrir la puerta del vagón comedor observó a través de la trabajada vidriera emplomada, le gustaba pisar sobre seguro, reconocer el lugar. En la mesa del fondo estaba el señor Cooper concentrado sobre varios papeles. La foto no le hacía justicia, era más atractivo en la realidad, las gafas le daban un aspecto intelectual y mantenía una pipa en la mano con la que jugueteaba entre los dedos, esperaba no tener que asesinar a aquel hombre, tan solo lo había hecho dos veces y se juró a si misma que no lo repetiría.

Entró con paso decidido, algunos hombres levantaron la vista al verla pasar que fueron reprimidos por sus parejas. El maître le ofreció una mesa que ella denegó pidiendo la que estaba vacía justo enfrente de Lord Edward, sonrió inocentemente alegrándose de sentir en la cara interior del muslo el contacto del metal de la

diminuta arma que llevaba como medida de protección. El señor Cooper ni tan siquiera la miró a pesar de llevar intencionadamente demasiados botones desabrochados de la blusa. Necesitaba llamar su atención, contactar con él y llevárselo a su departamento, luego le quitaría la documentación comprometida, esperaba no tener que matarle.

Cambió de táctica, sacó un cigarrillo y lo mantuvo en la mano distraídamente mientras miraba en el interior del bolso esperando que se decidiera a utilizar su mechero. Pasaron unos segundos, que le parecieron una eternidad, hasta que el chasquido del Zippo de oro la sobresaltó pillándola desprevenida, había perdido toda esperanza. Levantó la cara y allí estaba Lord Edward observándola con aquellos ojos oscuros de mirada penetrante que la observaban impasibles manteniendo el mechero en la mano. Catherine le devolvió la mirada como solo ella sabía hacer, luego acercó el cigarrillo a la llama procurando rozar su mano, lo encendió lentamente dejando el carmín marcado en la boquilla. Luego silencio, el lord volvió a sus quehaceres.

Era la primera vez que a Catherine se le resistía un hombre, dudó, me estaré haciendo mayor.

— ¿Me haría el honor de cenar conmigo?

— ¿Cómo dice? — La pregunta la descentró, no se la esperaba.

— ¿Que si quiere cenar conmigo para reparar el desagravio de no haberla atendido antes? Necesitaba terminar estos papeles.

— Lo siento, no acepto invitaciones de desconocidos —. Suplicó que su postura fuese obviada, necesitaba hacerse la importante y no ceder fácilmente.

— Me presentaré, Edward Cooper. — La tendió la mano al tiempo que se levantaba.

— Catherine Seller — Respondió aceptando la mano y sonriendo satisfecha.

La cena transcurrió cordial y alegre, hablando de temas generales, cada uno preservando su trabajo y sus intenciones. Los comensales empezaban a dejar el comedor y el Lord se resistía a terminar, Catherine tuvo que emplear uno de sus recursos.

— Lo siento Sr. Cooper, debo retirarme, no estoy acostumbrada a los licores.

Se levantó, dio un traspié y tuvo que apoyarse en una mesa. La reacción del Lord fue la esperada, la de ofrecerse para acompañarla a su departamento.

— Necesito un lavabo urgente —, pidió al pasar junto al departamento del Lord del que previamente se había informado sobornando al revisor.

Edward dudó un instante, nadie entraba en su departamento, llevaba información confidencial para el rey y no estaba dispuesto a arriesgarse. Catherine sopesó lo que estaba pensando, debía entrar y llevarse la documentación utilizando cualquier método. Actuó como ella estaba acostumbrada. Apoyó las manos en la puerta y fingió una arcada, el Lord picó y le abrió la puerta ofreciéndole el aseo antes de que pusiera todo perdido.

Todo trascurrió en decimas de segundos, cuando llegó al lavabo un hombre apareció y empujó al Lord dentro, sacó un arma y le intimidó pidiéndole el dossier que llevaba en la mano. Catherine no estaba dispuesta a que nadie se le anticipase, deslizó el arma de su muslo y sin previo aviso disparó, se escucharon dos detonaciones casi al mismo tiempo. El asaltante se desplomó delante de Edward Cooper que se quedó bloqueado por lo sucedido, cuando se giró buscando una explicación vio que la mujer se desangraba por un costado tiñendo su carísimo vestido, aún mantenía el arma en la mano, luego cayó al suelo.

Edward no entendía lo que estaba pasando, se preguntó por qué la mujer llevaba un arma y por qué le había salvado. Catherine le miró desde el suelo maldiciendo el caprichoso destino, había llegado para matarle y se había convertido en su defensora, acababa de perder todo por lo que había luchado durante su vida, su avaricia desmedida le había pasado factura.

El lord se agachó para auxiliarla pero ya era tarde, le susurró algo al oído y dejó de respirar.

Se levantó desencajado mirando los cuerpos que le rodeaban, pero lo que más le descentró fueron las susurrantes palabras de aquella mujer tan sorprendente como preciosa. “Lo siento, no quería hacerte esto”